



CAPITULO VI

SUMARIO : 1. Relación que Cortés envía de Méjico.
2. Acueducto y puertos. — 3. Comercio.

DESCANSABA Cortés, y no sabía qué hacer con tantos y tan felices sucesos. Confiesa que, contemplando el poder de Motezuma, la amplitud del imperio, el orden de su hacienda, su elegancia y abundancia, no sabe por dónde echar, ni cómo comenzar su narración.

Sin embargo, dice que quiere empezar por aquella provincia en que están aquellas lagunas y la inmensa ciudad tenustitana, y otras muchas. De las demás, después. Dice que la provincia se llama

Messica (*Méjico*), rodeada de altas montañas. En esta planicie están situadas aquellas dos lagunas, dulce una y salada la otra, como ya se ha dicho. Dicen que esta planicie tiene un ámbito de setenta leguas, que ocupan en su mayor parte las lagunas.

Estando colocada la ciudad tenustitana, domicilio del gran rey Motezuma, en el centro de la laguna salada, por cualquier parte que á ella se vaya dista de tierra legua y media, y á veces dos leguas, y la laguna está cubierta de día y de noche de lanchas que van y vienen. Se va también como desde los cuatro lados por cuatro puentes de piedra, hechos á mano, en su mayor parte perpetuos y sólidos, aunque abiertos y cortados á trechos con vigas levadizas echadas en aquellas puertas, á fin de que las aguas en el flujo y reflujo tengan libre el paso, y para que se puedan elevar fácilmente si les ocurriera algo adverso. Dicen que aquellos puentes tienen dos picas de ancho. De éstos

hemos descrito uno en el encuentro de Motezuma con Cortés. Por él fórmese idea de los demás.

2. Por uno de los puentes se trae á la ciudad un acueducto, pero sin obstruir el puente : toda la ciudad bebe de él. Á trechos hay sitios destinados á los cuestores regios que guardan las lanchas que llevan á vender el agua á los aguadores por la ciudad. Allí exigen el tributo. Este acueducto tiene dos álveos. Cuando se ensucia por el musgo del agua que corre, dirigen al otro la corriente hasta que el primero quede limpio. Así sucesivamente limpiados, beben en toda la ciudad agua purificada. Dicen que la cabida de este acueducto iguala al tamaño del cuerpo de un buey.

Pero ; qué diré de los numerosos puentes que hay en la misma ciudad, por los cuales los vecinos se comunican entresí! Son de madera, todos anchos, de manera que pueden pasear juntos diez hombres. Dicen que son muchísimos, y no se debe pensar menos, pues los ca-

minos son en su mayor parte de agua, y hay otros terrestres, como puede verse en nuestra insigne república de Venecia.

3. Dicen, además, que hay muchas otras ciudades, fundadas ya en una y otra laguna, ya en sus orillas, ya en la misma agua, como en Venecia. La misma ciudad tenustitana dicen que tiene cerca de sesenta mil casas, á lo cual, si son verdaderas las demás cosas que cuentan, nada se puede objetar. Hay en ella plazas muy espaciosas, principalmente una, rodeada por todas partes de pórticos. A ella acuden mercaderes y otros negociantes.

Hay allí buenas tiendas de todo lo vendible: de vestidos, de comida y de ornatos, tanto guerreros como civiles, muy cómodos. Se pueden contar cada día en los mercados y las ferias sesenta mil compradores, que en lanchas llevan de sus pueblos á la ciudad los productos de su patria, y se traen algo extranjero. Como entre todos nosotros, la gente del campo, con bu-

rros ú otras bestias de carga ó carros, de sus aldeas ó campos llevan á los pueblos vecinos ó ciudades lo que con trabajo ó diligencia han recogido, como leña, paja, vino, trigo, cebada, aves y otras cosas así, para por la tarde llevarse de vuelta con qué remediar su necesidad ó su apetito.

Y hay allí otra cosa que les viene muy bien á los comerciantes y á todos los forasteros. No hay una plaza ni encrucijada de dos, tres ó cuatro calles, en que no haya figoneros. Encuéntranse allí á todas horas y momentos comidas asadas y cocidas de aves y cuadrúpedos. Bueyes, cabras y ovejas no tienen. Las carnes que usan son de cachorros, que, como ya dijimos, los castran y ceban para comerlos, y de ciervos tienen gran abundancia y son diestros cazadores; liebres y conejos, tórtolas y tordos y becafigos, perdices, francolines y faisanes, cría también aquella tierra.

Entre las aves domésticas, patos, ánades, pavos, que los nuestros lla-

man gallinas, los cría cada uno en su casa, como entre nosotros lo hacen las mujeres del campo. Ya dije alguna vez que se parecen en lo grande y en el color de la pluma á las pavas, pero nunca he descrito sus costumbres. Las hembras ponen veinte huevos, á veces treinta, de modo que el número siempre se está aumentando. Los machos están siempre en celo, y por eso son muy ligera comida. Delante de las hembras se están siempre mirando, y, como nuestros pavos machos, con las colas levantadas en forma de rueda; están todo el día paseándose y cruzando delante de sus amadas hembras, como lo hacen también nuestros pavos, y después de dar cuatro pasos ó pocos más, á cada momento, arrastrándose, hacen ruido cual enfermo de alta fiebre cuando del frío le rechinan los dientes. Ostentan en las plumas del cuello diversos colores; á su arbitrio, brilla ahora azul, luego verde, después encarnado, según el vario movimiento de la pluma,

cual elegante joven enamorado que quiere agradar á su amiga.

Una cosa me contó cierto sacerdote, Benito Martín, gran indagador de aquella tierra, que dice la aprendió por experiencia, y que á mi espíritu le es difícil creerla. Dice que crió muchas bandadas de de estos pavos, y que con gran anhelo observó la generación de ellos. Cuenta que al macho le embarazan ciertos impedimentos de las piernas, de modo que apenas puede tomar la hembra para juntarse como algun conocido no la sujete con la mano, y que ni la hembra rehusa que la cojan, ni el macho se espanta de acercarse ; así que ve que tienen á su amada, va de seguida y hace su negocio en manos del que la tiene. Así lo cuenta él, pero los compañeros declaran que eso sucede rara vez. Tienen gran abundancia de huevos de estos pavos, de gansos y de ánades, ya se quieran crudos, ya condimentados de diversos modos ó puestos en tortas.

También hay entre ellos abundancia de pescados de río y de estanque, de mar no, pues está muy lejos, y los negociantes los logran crudos, asados, cocidos, conforme quieran. De las frutas nuestras, tienen cerezas, ciruelas y manzanas de varias especies, pero muchos géneros desconocidos para nosotros. Mas para el apetito sensual se venden vivas toda clase de aves de rapiña, y sus pieles enteras rellenas de algodón, de modo que el que las mira cree que están vivas.

Cada calle tiene separadamente sus artífices. A los herbolarios y boticarios los estiman mucho para cuidar de la salud. Tienen también muchos géneros de verduras, lechugas, rábanos, mastuerzo (*nasurcium*), ajos, cebollas y otras muchas además. Mieles y ceras recogen algunas de los árboles, y las nuestras de abejas.

De aves y cuadrúpedos, y pescados, y otras cosas de comer y sensuales, ya basta. Con qué dinero

se adquiere esto, es muy hermoso el oirlo; ya lo ha oído Vuestra Beatitud, y yo lo he escrito otras veces.





LIBRO IV

CAPITULO PRIMERO

SUMARIO: 1. Cacao-moneda y chocolate primitivo.— 2. Comercio é industria.— 3. Tribunales.— 4. Trasportes y herramientas.

YA dije que la moneda corriente de ellos es cierto fruto de unos árboles parecido á nuestras almendras, que le llaman *cacao*. Tiene dos utilidades: sirve de moneda, y la almendra aprovecha para hacer una bebida. Por sí no vale de comer, porque es algo amarga, aunque tierna como la almendra; pero triturándola se guarda para hacer esa bebida, y echando en agua una porción de aquel polvo

y revolviéndola un poco, resulta una bebida digna de un rey.

¡Oh feliz moneda que da al humano linaje una bebida suave y útil, y á sus poseedores los libra de la tartárea peste de la avaricia, porque no se la puede enterrar ni guardar mucho tiempo!

Hacen también otra multitud de bebidas, como acontece comúnmente en la tierra natal de Vuestra Beatitud con las cervezas y la sidra, machacando y cociendo en cubas ó hidrias el grano de maíz y frutas, y aun algunas hierbas, de las cuales bebidas hay próximas á los mercados tabernas de figoneros, en las que preparan comidas.

Eso que jamás se había oído de la moneda, lo supo Vuestra Beatitud antes que marchara de España; pero aún no sabíamos cómo aquel árbol se planta, se cría y crece: mas ahora todo lo sabemos mejor.

Aquellos árboles se crían en pocos lugares, pues se necesita una región cálida y húmeda dotada de

cierta benignidad de clima. Hay caciques cuyas contribuciones y rentas son únicamente el fruto de esos árboles; á cambio de él se hacen con lo necesario, digo, con esclavos, vestidos y lo conducente al ornato y demás. Los mercaderes les llevan mercancías de varias cosas y sacan abundancia de esos frutos, de que gozan las demás provincias. Así corren esas almendras para que de ese modo todos los comarcanos participen de eso. Así sucede en todas partes, pues los que tienen aromas, oro, plata, acero, ó hierro, ó plomo ú otro metal nativo, con eso que su patria les da consiguen lo extranjero que desean, yéndose por las tierras de otros que necesitan de aquellas mercancías, ó por la humana flojedad les parece que necesitan de ellas, y trayéndose lo que conocen que ha de agradar á sus conciudadanos para hermohear la naturaleza con esta variedad de cosas. Así se vive en el mundo. Así tiene que decirse.

Pero ahora debe referirse cómo

se crían estos árboles. Se plantan al abrigo de cualquier otro árbol, á fin de que, como el niño en el seno de su nodriza, estén libres de los ardores del sol y de la furia de las tempestades; pero después que crece de manera que pueda extender sus raíces, y ya endurecidas pueda gozar del sol y del aire, se corta ó se arranca el árbol protector. Basta ya de la moneda. Lo cual, si no lo quieren creer las almas vulgares y estrechas, pido que no se les oblique á ello.

2. Se vende también en las plazas y mercados tenustitanos todo lo concerniente á la construcción y ornato de las casas: maderas, leñas, combustibles, cal, yeso y ladrillos, y piedras labradas para tal uso. Se venden asimismo vasijas de barro de muchas clases, hidrias, cántaros, fuentes, copas, marmitas, platos, barreños, sartenes, escudillas, pucheros y toda clase de vasijas labradas.

De acero é hierro carecen. Abundan el oro, la plata, el estaño, el

plomo y el latón. Ya quiera uno toda clase de metal en bruto, ya fundido, ó forjado, ó trabajado, ó bien cualquier joya, la encontrará preparada. Cuanto ven con sus ojos los artífices, son tan diestros que lo forjan y lo cincelan tan bellamente que emulan á la misma naturaleza. No hay forma de ave, ni cabeza de cuadrúpedo ó figura, que no tenga Motezuma imágenes muy semejantes á las vivas, y cualquiera que las ve de lejos juzga que están vivas, lo cual no difiere mucho de lo que sabe Vuestra Beatitud, pues vió no pocas en el regalo que trajeron, antes de encaminarse de España á Roma.

3. Hay otra cosa que no debe callarse. En el espacioso campo de la plaza mayor está la gran casa senatorial. Allí se sientan perpetuamente con autoridad diez ó doce varones ancianos para juzgar como jurisconsultos de los asuntos que ocurran. Asístenles ministros lictores con sus cetros para ejecutar lo que manden; también están los

ediles, que cuidan de los números y las medidas. Si usan de pesos, no se ha sabido aún.

4. Otra cosa hay digna de admiración. Dije que en aquella ciudad rodeada de la laguna salada hay abundancia de todo, siendo así que no tienen bestias de carga, mulos, ni asnos, ni bueyes, que arrastren carros ó carretas. Muchos preguntarán, con razón, cómo llevan aquellas cosas, principalmente las grandes vigas y piedras á propósito para hacer los edificios, y otras cosas como ésta. Sepan que todo se lleva en hombros de los esclavos, y no deja de ser admirable que, careciendo de hierro y de acero, fabriquen todas las cosas tan linda y elegantemente. Sepan que todo se forma y se trabaja con piedras.

Al principio de este tan gran descubrimiento logré una piedra de éstas del mismo Cristóbal Colón, Prefecto marítimo, que en español se llama Almirante, que me la regaló. Era de color obscuro de esmeralda, atada alrededor en un palo muy

duro, que le servia de mango. Con todas mis fuerzas di con ella yo mismo en unas barras de hierro, é hice mella en ellas, sin estropear-se ni lastimarse por ninguna parte la piedra. Con estas piedras, pues, hacen sus instrumentos para ejercitar las artes de picapedreros y carpinteros, y de platería y orfebrería.





CAPITULO II

SUMARIO : 1. Construye Cortés en Méjico cuatro bergantines.— 2. El templo principal.— 3. Colegio.— 4. Ídolos y sacrificios horrendos.— 5. Antropofagia.

DESPUÉS de esto, temiendo Cortés lo que suele acontecer en el flujo y fragilidad de las cosas humanas, es á saber, que cambian los volubles pensamientos de los hombres, y pensando que podía suceder que los tenustitanos, por más que Motezuma tratase de impedirlo, ó cansados de la larga molestia del hospedaje, ó tomando cualquier otro pretexto, se levantaran y tomaran las armas, viéndose rodeado de agua y de puentes cortados, construyó en la laguna salada cuatro

pequeñas embarcaciones de dos remos, que llaman bergantines, á fin de que, si sobrevenia cualquier necesidad, pudiera de una vez sacar á tierra veinte compañeros con los caballos.

Construídos los bergantines, juzgándose ya seguro con la ventaja de ellos, determinó examinar los secretos de aquella ciudad, que son de alguna importancia; primeramente visitó los templos acompañado de Motezuma; al modo que entre nosotros cada santo tiene su iglesia dedicada, así entre ellos hay en cada calle templos dedicados á sus ídolos.

2. Pero oiga Vuestra Beatitud las cosas que se refieren del templo mayor y de los ídolos principales. Dice que el templo más ilustre es cuadrado; cada lado tiene una puerta muy grande, á las cuales corresponden en derecho aquellas cuatro calles admirables, arregladas, que hacen oficio de puentes desde el continente. La grandeza del templo aquel ocupa tanto sitio

como un municipio de quinientos vecinos: está defendido con muros de piedra altos y perfectamente construídos, circunvalado también de muchas torres y levantado á modo de fuerte alcázar.

3. Entre las muchas torres dice que hay cuatro mayores y mucho más capaces que las demás, porque están en ellas los palacios y habitaciones destinadas á los sacerdotes superiores. A las primeras habitaciones se sube por cincuenta gradas de mármol. Como he dicho, éstas son las casas de los sacerdotes que tienen cuidado de los sacrificios. Los hijos de los principales de la ciudad se cierran allí de siete años, y no salen nunca ni asoman la cabeza hasta que, llegados á la edad núbil, los educan para contraer matrimonio. Durante aquel tiempo no se cortan nunca el pelo, se abstienen siempre de todo lujo, y en cierta temporada del año de comer lo que cría sangre, y mortifican su cuerpo con frecuentes ayunos para que el siervo no se insolente y dé

coces á su señora la razón. Van vestidos de negro.

Alguna de esas torres escribe que es más alta que la de las campanas de Sevilla, que es altísima, y concluye que en ninguna parte ha visto edificios mayores ni mejores, ó más artísticamente labrados. Pregúntenme los curiosos si él ha visto algo fuera de España.

4. Pero acerca de los ídolos es cosa tremenda de decir lo que refieren y cuentan los que vienen, aparte del simulacro marmóreo de Uvichilabuchichi, el más grande de sus dioses, de la estatura de tres hombres, que no envidia al Coloso de Rodas. Cuando alguno, movido de piedad para con alguno de sus númenes, determina dedicarle un simulacro, procura recoger una gran cantidad de semillas aptas para comer trituradas y reducidas á harina, que sea bastante para el grandor de la imagen que proyecta.

¡Oh cruel maldad! ¡Oh barbarie horrenda! Junto á la harina que van á amasar despedazan niños ó

niñas ó esclavos hasta reunir tanta sangre cuanta sea suficiente para hacer la masa, en vez de agua caliente. La cual (*masa*), mientras está húmeda y blanda, esos carniceros infernales, sin que se les revuelva el estómago, la ponen bastante compacta, y como el alfarero con el barro ó el cerero con la cera, un caprichoso maestro que llaman para esta obra nefanda hace un ídolo.

He dicho otra vez, si no recuerdo mal, que no matan las víctimas degollándolas, sino que, metiéndoles el cuchillo por las costillas cercanas al corazón, les sacan el corazón vivos, y viendo ellos su miserable suerte; y así los inmolan, untando los labios de los dioses con la sangre de junto al corazón, y el corazón lo quemán, y piensan que así se aplacará el odio de los dioses. Los sacerdotes les han persuadido de esta monstruosidad.

5. Muchos preguntarán, y con razón, qué se hace con los miembros y las carnes de las infelices vícti-

mas. ¡Oh asco nefando! ¡Oh náusea repugnante! Como los judíos en otro tiempo, en la ley antigua, comían los corderos inmolados, así ellos comen las carnes humanas, tirando solamente los pies, las manos y las vísceras. Forman varios simulacros de los dioses para varios efectos: para alcanzar victoria si se va á dar batalla; por la salud, por la abundancia de frutos y otras cosas parecidas, al arbitrio de cada uno.





CAPITULO III

SUMARIO : 1. Sufragios de víctimas humanas.— 2. Cortés destruye los ídolos.— 3. Su discurso.

VOLVAMOS á Cortés, que recorrer aquel gran templo. En los palacios que antes hemos dicho que están en los templos, había grandes simulacros de grandes dioses; en los palacios había obscuras habitaciones, á las cuales se entraba por estrechas puertas sólo accesibles á los sacerdotes. Grandes salones adornados con enormes simulacros estaban dedicados á los príncipes por sepulcro; los más pequeños de lo interior estaban dedicados como túmulos á nobles y nacidos en buena

posición; según cada uno podía, así daba cada año víctimas humanas para sacrificarlas.

Entre nosotros el pobre ofrece á los santos una candelita, el rico ofrece un cirio, muchos no ofrecen más que incienso, otros cuidan de los templos que se levantan, como nosotros con nuestro incienso y nuestra cera aplacamos á Cristo y á sus santos, pero ofreciendo el fervor del corazón.

Sucedió que, andando el rey y Cortés por los salones abiertos del templo grande, algunos de los familiares de Cortés se entraron, á disgusto de los guardas, en aquellos sagrarios estrechos y oscuros con antorchas encendidas, vieron los muros teñidos de color rojo, y por observar lo que era los rayaron con las puntas de sus puñales. ¡Oh corazones de fiera! No solamente las paredes estaban rociadas con sangre de víctimas humanas, sino que encontraron sangre sobre sangre hasta el espesor de dos dedos. ¡Oh náusea repugnante! De los

agujeros hechos con los puñales dicen que salía un hedor infernal é intolerable, de la sangre podrida que había oculta debajo de la reciente.

2. Pero entre tantas cosas horribles ocurrió una digna de júbilo. Todo lo que había en los salones Cortés lo mandó desmontar, y en seguida hacer pedazos, y así destrozado tirarlo finalmente por lo alto de las escaleras; sólo dejó un coloso de mármol porque era demasiado grande y no se podía quitar fácilmente.

Alterados por esto vehementemente, ya Motezuma que estaba allí, ya todos los cortesanos, se quejaron diciendo: «¡Infelices y desdichados de nosotros! Airados los dioses, nos quitarán las cosechas con que nos alimentamos, y nos moriremos de hambre, y nos sobrevenirán, como otras veces ha sucedido por no haber aplacado á los dioses, todo género de enfermedades; ni estaremos seguros de nuestros enemigos si tenemos alguna guerra,

ni bastante seguros de los alborotos del pueblo, que si sabe esto se levantará furibundo.»

3. Y respondió Cortés á todo esto: «¿Hay algo tan malvado, algo tan necio? ¿Juzgáis vosotros dioses á los que han sido formados por manos de vuestros subordinados? Pues lo que hacen vuestros hombres, ¿tendrá más dignidad que los hombres mismos? Lo que tu artífice, ¡oh Motezuma!, ó acaso un sucio esclavo, ha hecho con sus manos, ¿será más digno que tu majestad? ¡Qué ceguedad es ésta vuestra! ¡oh qué loca crueldad, que por causa de estos insensibles simulacros dais muerte cada año á tantos cuerpos humanos! ¿Qué saben ellos, que ni ven ni oyen?

»A Aquel, á Aquel conviene adorar, que hizo el cielo y la tierra. Este es de quien proceden todos los bienes, y á quien son muy desagradables vuestros sacrificios.

»Además, es ley sancionada por nuestro Rey, del cual confesáis que descende el que trajo á estas tie-

rras á vuestros antepasados, que todo el que hiere con hierro á un hombre ó mujer, á hierro muera.»

Luego que Cortés dijo estas cosas por medio de sus intérpretes, Motezuma, con el rostro pálido y temblándole el corazón, respondió: «Atiende, ¡oh Cortés!: hemos observado y ejercitado hasta ahora estas sagradas ceremonias que nos dejaron nuestros antepasados; pero nos alegramos de oírte que nos hemos equivocado tan grandemente y que esto de ninguna manera ha de agradar á nuestro Rey, siempre que se lo podamos persuadir al pueblo. Nuestros mayores dejados (*aquí*), encontraron acaso que los habitantes de aquellos tiempos guardaban estos ritos, y hemos seguido la costumbre de nuestros suegros y de nuestras esposas, y no debes admirar el que nosotros hayamos caído en estos errores, si es que son errores. Promulga la ley, y nosotros trataremos de abrazarla con todas nuestras fuerzas.»

Oído esto, Cortés respondió que

hay un Dios trino en personas y uno en esencia, que crió los cielos y la tierra, el sol y la luna, con el ornato de las estrellas que rodean toda la tierra para utilidad de los hombres, y que por esto el matar á los hombres le era odioso, «el cual formó de la misma materia al esclavo y á todos los que tienen rostro humano, ya á mí, ya á ti, ya á éstos. Nacido entre nosotros de una mujer virgen, padeció por la salvación del género humano, lo que más largamente os enseñarán á ti y á éstos, sabios que han de venir. La bandera y la señal de la victoria de este Dios, es la imagen de esta cruz. Conviene en todo tener delante la cruz y la imagen de su madre Virgen»; y diciendo esto Cortés, convirtiéndose de jurisconsulto en teólogo, sacando la pequeña cruz y la imagen de la Virgen que llevaba en el pecho, la presentó para adorarla.

Así, quitada la máscara á tales monstruos, hizo Motezuma que, presente él mismo, los ministros del

templo lo barrieran y lo limpiaran muy bien, para que no quedase señal ninguna de tantas manchas de sangre. Basta ya de la sórdida religión tenustitana.





CAPITULO IV

SUMARIO : 1. Las casas grandes.—2. Educación cortesana.—3. Ceremonias á lo divino.—4. Regia molicie.—5. Regalos casi divinos.

SONTEMOS algo de las moradas de los próceres, y de las egregias casas de otros ricos. Dice Cortés que no ha visto en España palacio, ya sea de algún rey, ya de algún príncipe, al cual no se le iguale la más humilde de entre setenta casas : dice que todas aquellas mansiones, formadas con edificios de piedra y de mármol, labrados con arte arquitectónico, con pavimentos de muchas clases, con columnas de jaspe y mármol diáfano, que rodean los soportales ó grandes pórticos cubiertos de azoteas.

Añade que debe creerse todo lo que de esto se diga, afirmando que son poco menos que milagrosas, porque los reinos de Motezuma son potentísimos, en los cuales una gran multitud de próceres mandan en varias regiones, como á la sombra de la corona cesárea hay muchos nobles, duques, condes, marqueses, y otros títulos. Todos ellos, según antigua costumbre, frecuentan el palacio de Motezuma en ciertas épocas del año, y no pueden menos de hacerlo. Cada uno desea con gran empeño sobrepujar á sus compañeros en la estructura de sus palacios.

2. Las moradas de éstos las compararía á las estancias de los Cardenales en Roma, cerca de los Pontífices. Pero esto se diferencia mucho; pues los Cardenales, al edificar, cuidan sólo de sí propios, no haciendo caso de los venideros; mas éstos, según el mandato de Motezuma, miran por su longísima posteridad, pues envían sus hijos á casa de Motezuma, principalmente los primogénitos, para que se eduquen,

de los cuales hay una gran abundancia; de modo que todos los días, al salir el sol, se pueden ver, por los salones y sitios oportunos de Motezuma, más de quinientos de estos nobles jóvenes paseándose, con cuyos familiares y pajes se llenan en aquel tiempo, hasta la hora de comer, tres grandes salones y plazas que hay delante de las puertas del palacio. A todos éstos se les da de comer del peculio de Motezuma. Dice que las despensas no se cierran en todo el día, y que cada uno puede pedir bebida á los despenseros.

3. Al rey, sin embargo, nadie le ve sino cuando sale de sus habitaciones reservadas, para comer ó cenar, al gran salón que dice Cortés no tener noticia de ningún otro tan grande. Sentado él, se le presentan trescientos jóvenes vestidos á estilo de palacio, que traen cada uno los platos de diversas viandas, con carbones debajo en el invierno, para que no se enfríe la comida.

Estos nunca se acercan á la mesa,

la cual está rodeada de una cerca, y dentro de ella hay uno solamente que toma cada plato de manos de aquéllos, y se lo acerca al príncipe que está comiendo. Motezuma da, según antigua costumbre, por su propia mano, de las viandas á seis ancianos que tienen autoridad. Mientras él come, todos están descalzos.

Los pavimentos están cubiertos con esteras. Si por ventura ocurre que llama á alguno, se acerca el llamado con el cuerpo inclinado y con el rostro mirando á tierra, ni levanta nunca la cabeza hasta que no se haya apartado lejos retrocediendo hacia atras; nunca es lícito retirarse volviéndole la espalda. Nadie suele mirar al rey de frente. Con los ojos bajos y la faz inclinada á la derecha ó á la izquierda sus familiares y servidores, y hasta los mismos príncipes, escuchan lo que el rey responde, por lo cual echaron en cara á Cortés que á los españoles que había traído les permitía mirarle cara á cara. Contestó que

no era así costumbre entre nosotros, y que nuestro Rey, con ser tan grande como es, no estima tanto su mortalidad que quiera ser adorado con tanta reverencia. Agradó la respuesta.

Además, en presencia de Motezuma, en cualquier estado que aparezca, hay silencio absoluto en medio de tanta muchedumbre; de suerte que cualquiera pensaría que ninguno de aquéllos tiene respiración.

4. Cada vez que come ó cena se lava las manos en ambos lados, y se las enjuga con lienzos blanquísimos, y el que una vez usó jamás otro lo toma en la mano; todos sus utensilios tienen que quedar intactos. Lo mismo pasa con los vestidos. Cuando se levanta de la cama se viste de una manera, con que sale y se da á ver; cuando después de comer se vuelve á acostar, se muda de vestido; cuando sale otra vez para cenar, toma otro; y el cuarto cuando vuelve, y lo lleva hasta acostarse. Que cambia cada día de

tres vestidos me lo han contado de viva voz la mayor parte de los que vuelven (*de allá*); comoquiera que sea, todos convienen en el cambio de vestidos, en que los una vez tomados se amontonan en el ropero para no verle otra vez la cara á Motezuma; pero en otra parte diremos cómo son esos vestidos, pues son ligerísimos.

Con estas advertencias no es maravilla que arriba se haya hecho mención de tantos vestidos que dió. Porque contando los años y sus días de que goza en paz, particularmente Motezuma, y las veces que cada día se muda de ropa, cesará toda admiración.

5. Pero los lectores preguntarán, y con razón, para qué recoge tal montón de vestidos. Sepan que Motezuma, á sus familiares ó á los soldados beneméritos, cuando van á la guerra ó vuelven victoriosos, suele darles una porción de vestidos como donativo, ó en vez del estipendio que hubiera de aumentárseles; al modo que Augusto, señor del

mundo, más poderoso que este Motezuma, á los que realizaban alguna hazaña mandaba aumentarles un donativo de pan que daba vergüenza, hasta que, advirtiéndole Marón que aquel exiguo donativo de pan daba á entender que era hijo de un panadero, entonces, aunque se escribe que le agradó la ocurrencia al César, se ha de creer que éste se avergonzó de que se adivinara, puesto que prometió que cambiaría de costumbres y daría á Virgilio en adelante regalos dignos de un gran rey, y no del hijo de un panadero. En vasijas de barro comió y bebió Motezuma, por más que tenía innumerables alhajas de oro, de plata y de perlas; porque apenas se llevaron las de barro, platos, platillos, fuentes, puchereros y otras vasijas semejantes, ya no vuelven más.





CAPITULO V

SUMARIO : 1. Quintas á estilo romano.— 2. Las de Motezuma.

AHORA diremos un poco de los palacios y casas de campo. Cada uno de los próceres, á más de las casas de la ciudad, tienen otros no vulgares de recreo, levantados en algún campo á propósito, y junto á ellos huertos y jardines frutales, y varios géneros de hierbas, rosas y flores de buen olor, y no falta arte en el cuidado de las eras, ni en tejer alrededor las cercas de cañas, no sea que alguno éntre de repente á echar por tierra ó llevarse sus delicadas delicias.

También tienen todos en sus huertos estanques, donde nadan bandadas de diversos peces, y hay muchedumbre de aves acuáticas que nadan por encima. Si, pues, cada uno de los próceres tiene su casa de éstas, corresponde que no se quede atrás Motezuma, que es su Emperador. Este tiene tres grandes edificios en sitio retirado, para alivio de las molestias del verano.

2. En una tiene gran número de hombres monstruosos, enanos, jorobados, canos, que nacieron con una sola pierna ó con dos cabezas: hay criados destinados á cuidar de ellos.

La segunda está destinada á las aves de rapiña, donde están los buitres, águilas y demás clases de rapaces y carnívoras. Cada ave tiene su celdilla á propósito, en un gran cobertizo, con dos palos fijos, uno fuera para que tomen el sol, otro dentro para dormir. Las celdas están separadas con sus carrizos entre medias, y el cobertizo está todo por arriba con redes de made-

ra, de modo que cada ave, en su jaula, disfrute del cielo y vuele sin escaparse. Hay criados designados para ellas, no sólo para darles de comer, sino que hay cierto número de albéitares asalariados, que saben curar con arte médica los varios géneros de enfermedades que les vengan á las aves.

Lo de las aves acuáticas es admirable: allí están todas las que viven en el mar encerradas en estanques salados, y las que frecuentan las aguas dulces en estanques dulces, y en ciertos tiempos del año, vaciando el agua vieja y limpiando cuidadosamente las piscinas, se les echa agua nueva. A cada clase de aves, según su naturaleza, los criados les echan de comer, peces, hierbas, grano de maíz, que les facilitan los ecónomos y administradores de Motezuma. Alrededor de aquellos estanques hay anchos pórticos que sostienen encima postes de mármol, alabastro y jaspe. Hay otras azoteas desde las cuales Motezuma, cuando va, pueda observar

los actos y las riñas de todas las aves, principalmente al echarles de comer.

La tercera casa está destinada para los leones, tigres, lobos, zorras y otros rapaces de este género, encerrados también en sus jaulas y compartimientos. A estos animales feroces se les alimenta con pavos, de los que arriba hablamos bastante.

Aquellos edificios tienen domicilios para que, si el Rey quisiera pernoctar en ellos con su familia, lo pueda hacer cómodamente. Así lo dicen, y así lo digo. Yo lo que escriben ó cuentan de público lo creo, porque me parece que no se atreverían temerariamente á decir cosa falsa, y porque he aprendido á creer que pueden hacerse las cosas que son posibles y no milagrosas, y dicen que omiten muchas cosas por no molestar demasiado con largas narraciones los oídos del César y de sus magistrados.





CAPÍTULO VI

SUMARIO : 1. Todo el Imperio sometido á España.— 2. Motezuma no quiere separarse de Cortés. — 3. Angustias de éste por la imprudentísima expedición de Narváez. — 4. Altanería de Pánfilo.

MIENTRAS los nuestros investigaban así estas cosas, se enviaron mensajeros á las varias regiones del territorio de Motezuma, acompañados de españoles para que en nombre de su rey hicieran saber á los próceres de aquellas tierras que habían de obedecer al gran Rey de las Españas, y en su nombre á los caudillos por él enviados. Desde el Oriente hasta los últimos límites de aquellas tierras, que los terminan por Yucatán (pues juzgan que el Yucatán, que es lo primero que ven los que

van de Cuba, es isla, y aún no se sabe de cierto), dicen que hay tanto terreno que casi es como tres veces España; como que desde la ciudad de Potenchián, por otro nombre Victoria, dijimos que dista más de cien leguas la Tenustitana, y Potenchián y sus fronteras se extienden más allá, á Yucatán y á la bahía llamada Figueras, descubierta tiempo ha.

Los enviados hacia el Occidente encontraron una ciudad, también muy grande, llamada Cumatana, que, según dicen, dista como doscientas leguas de Tenustitana: y el régulo de esta ciudad, cuyo nombre no sé, y todos los que hay entre medias, y también los orientales hasta los de Potenchián, que, excepto aquellas pocas repúblicas de que hemos hablado con bastante latitud, obedecían á Motezuma, ahora ya unos y otras se han sometido á los nuestros.

2. Cortés exhortó muchas veces á Motezuma á que se volviera á su palacio antiguo; pero lo rehusó di-

ciendo: «A ninguno de los dos nos conviene que nos separemos; porque mis próceres, como otras veces lo he dicho, teniendo en más su pro que nuestra tranquilidad, reclamarán sin parar para que, alborotado el pueblo, te hagan guerra; por eso unidos estaremos más seguros de su insolencia y ambición.» Sin embargo, fué algunas veces á aquellas casas por esparcimiento, y por la tarde se apeaba de la litera en casa de Cortés. Y cuando volvía, nadie le miraba de frente; tanta es la reverencia que le profesan que no se reputan dignos de su mirada. Esa superstición les viene á aquellos pueblos de sus antepasados.

3. ¿Y qué? ¿Y qué? Aun por tercera vez. ¿Y qué? Los blandos halagos de la madre fortuna, dando vueltas su rueda, se han tornado en los acostumbrados bofetones de madrastra. Dice Cortés que entró en aquella ciudad de la laguna el ocho de Septiembre del año 1519, que pasó allí muy placentero invierno y la mayor parte de la primave-

ra hasta el mes de Mayo del año siguiente, en el cual tiempo Diego Velázquez, vicegobernador de Cuba ó Fernandina, aparejaba una armada que fuera contra Cortés, por cuanto, sin contar con él y en contra de su voluntad, según arriba referí, se había resuelto á establecerse y fundar colonias en aquellas tierras. De la armada hablaremos poco más adelante : de Cortés ahora.

Mientras así estaba con Motezuma, de día en día esperando con la boca abierta el regreso de los mensajeros Montejo y Portocarrero, que había enviado con regalos al César, los naturales motezumanos del litoral le avisaron que se habían visto naves en alta mar ; pensó que era la de sus mensajeros, y se alegró.

Pero al punto la alegría se tornó en tristeza. Pasaré aquí por alto muchas menudencias que los griegos y los judíos, como que siempre se vieron dentro de estrechos límites, insertarían en las historias si les hubieran sucedido á sus conciu-

dadanos; pero nosotros, en medio de tal amplitud de asuntos, omitimos no pocas cosas.

En suma. Era la armada de Diego Velázquez de dieciocho naves, ya carabelas con espolón, ya bergantines de dos remos, dotada de ochocientos infantes, ochenta jinetes, diecisiete cañones, como más abajo se verá.

4. Al frente de esta armada puso Velázquez un joven llamado Pánfilo de Narváez. Cortés le envió mensajeros á Pánfilo que le rogaran viniera como amigo, para que no trajera la perturbación á tan felices comienzos. Pánfilo le respondió que tenía órdenes del César para que desempeñara el cargo de capitán general de todas aquellas tierras, y mandó decir á Cortés que entregara el mando y se le presentara rendido y sin armas, para que, examinados sus actos, fuera juzgado por él ó por Diego Velázquez, que le enviaba.

Cortés dijo que obedecería á las patentes reales si las mostraban al

magistrado que había dejado en la colonia de Veracruz; pero que, si no era verdad que tenía los despachos reales, se saliera de la provincia en que él había determinado establecerse, no á tomar de paso lo que encontrara, porque entiende que esto es servicio del César; que no traiga la confusión con su llegada á los grandes comienzos; que se alzarán y se rebelarán contra los cristianos todos los bárbaros ya vencidos que bajo su dirección obedecen al César y respetan su nombre, como lleguen á entender que los españoles están discordes y con tendencias opuestas.





LIBRO V

CAPÍTULO PRIMERO

SUMARIO: 1. Hernán Cortés sale de Méjico en busca de Pánfilo de Narváez.—2. Le prende.—3. Feliz aventura del magistrado Ayllón.

SE discutieron mucho de una y otra parte estas cosas por medio de enviados, y no se hizo nada; Pánfilo insistía en su propósito. Entretanto, algunos de los sometidos á Motezuma le llevaron dibujadas en una tableta de corteza aquellas naves con sus cañones también y los caballos, y veintiocho arcabuceros y ciento veinte arqueros, todo lo cual estaba en tierra á la vista.

Cortés, pues, al tener noticia de esto, no sabiendo al principio qué partido tomar, estaba en brasas. Veía que, si no hacía caso, la autoridad del nuevo enemigo manifestaría fuerza, ya entre los españoles, ya entre los bárbaros. Por otra parte, era muy duro abandonar una cosa tan grande, pues temía lo que sucedió: una erupción de los bárbaros contra su gente. Por fin pensó que lo mejor sería dirigirse á Pánfilo, confiando en la autoridad que él tenía entre los que venían con Pánfilo en la isla de Cuba cuando era prefecto de la justicia (*juez*).

Dejando guarnición en el palacio en que tenía á Motezuma, le habló á éste en estos términos: «Rey mío, Motezuma, ahora se presenta la ocasión de tu felicidad futura. Si en este tiempo el Rey encuentra que has sido leal, todas las cosas te saldrán fausta y felizmente. Me marcho á ver qué es esto: procura que en mi ausencia no ocurra novedad. A tu lealtad encomiendo los espa-

ños que dejo en obsequio tuyo.» Motezuma prometió toda ayuda, y dijo que tendría á los españoles como parientes. «Vete con buena estrella; y si ellos tocan mi frontera con ánimo hostil, avísame y los mandaré debelar y echar de mis tierras.»

Dejando, pues, guarnición, y haciendo á Motezuma y á su hijo algunos regalos agradables, emprendió el camino en busca de Pánfilo, que se había situado en Cempoal y había seducido á sus ciudadanos en contra de Cortés. Andaba con ánimo de perturbar cuanto encontrara.

2. Dirigióse á él Cortés. Dejando á un lado rodeos, llamó á su Alguacil, que es el ejecutor de la justicia, á quien el latino llama soldado como en

Rarus venit in coenacula miles.

Le envió delante con ochenta soldados, y usando de su derecho de Pretor le mandó prender á Pánfilo. Seguía de refuerzo él con los otros ciento setenta. Así, pues, con doscientos cincuenta hombres atacó

á Pánfilo, no desprevenido porque le habían dado aviso sus espías. Pánfilo se había pertrechado en la torre alta del templo de aquella ciudad, y había colocado en las gradas de la escalera ocho bombardas. Este Pánfilo, más terenciano que Héctor de Troya, con ochocientos soldados (*que tenía*), es cercado, atacado y preso. Juzgamos que sus soldados no se atrevieron á alzar la cara contra Cortés, que siendo Pretor urbano en Cuba les había infundido miedo alguna vez; también creemos que antes la astucia de Cortés seduciría á los principales, para que en el momento de obrar no desenvainaran sus espadas. Aquí se murmura contra Cortés mucho, que algún día se sabrá. Comoquiera que sea, resistiéndose un poco Pánfilo, le sacaron un ojo. Así á este Pánfilo, que poco antes brillaba con dos ojos, se lo llevó tuerto con sus principales compañeros los centuriones que habían sido fieles á su caudillo, que se comprende fueron pocos.

3. Había seguido á Pánfilo cierto Licenciado Ayllón, distinguido jurisconsulto y uno de los senadores de la Española. Este, en nombre del senado de la Española, que da la ley á todas aquellas partes, había mandado á Diego Velázquez que no enviara aquella armada contra Cortés, no diera ocasión á un mal tan grande; este asunto le decía que debía resolverse por autoridad del Rey, no por las armas, y había venido á decir esto mismo á Pánfilo; con todas sus fuerzas trabajó por apartar de tal intento á los promovedores de la armada. No obedeció entonces el terenciano Pánfilo, sino que, echando grillos al propio senador, lo enviaba á Cuba en una nave á Diego Velázquez, inventor de la tal armada.

Fué tal la maña del Licenciado, que, ganando á los marineros, llevó él presos á la Española en la misma nave á sus guardias. Así se hacen las tortillas en el regazo de la fortuna. Estas son cosas menudas; vengamos á las gordas.



CAPÍTULO II

SUMARIO: 1. Reforzado Cortés, vuelve á Méjico y encuentra sublevada la ciudad.—2. Salidas infructuosas denuncian la gravedad de la situación.

TODOS los que habían seguido á Pánfilo se unieron á Cortés, reconociéndole por Pretor urbano. Envió las naves á Veracruz para que hicieran saber la victoria á la guarnición de aquella colonia. Con los restantes se encaminó á Tenustitán, y despachó delante un mensajero que diera noticia de lo sucedido á Motezuma y á los que había dejado allí. Este enviado recibió muchas heridas en el camino, y apenas escapó llorando; volvió con la noticia de que estaba todo revuelto en la ciudad Tenus-

titán, que se habían sublevado los bárbaros, que habían quemado los cuatro bergantines aquellos de que arriba hicimos mención fabricados para defensa de los nuestros, y que, sitiada nuestra guarnición, se hallaba en el último extremo muy apretada á hierro y fuego, y que habían interceptado todas las provisiones. Añadió que habrían perecido todos si no se hubiera opuesto Motezuma, á quien tampoco obedecían ya los de la ciudad.

Acercóse Cortés á la orilla de la laguna salada con su acompañamiento, y mandó una canoa unilínea para explorar lo que pasaba. Salióle al encuentro otra en que iban un mensajero de Motezuma y otro de los soldados españoles sitiados, para notificarle á Cortés el apuro de los nuestros. Se puso en claro que aquello se hacía contra la voluntad de Motezuma. Los mensajeros le exhortaban á que se die-
ra prisa; el enviado decía que con su venida esperaba Motezuma que se aplacaría la promovida sedición.

Así, tomando unas canoas, pasó apresuradamente el día 24 de Junio al palacio en que estaba la guarnición, y Motezuma lleno de ansiedad por aquel tumulto. Se encontró levantados los puentes de madera que á trechos cortan los de piedra. Al principio creyó que era por temor, pero muy lejos de eso: habían resuelto morir primero que sufrir por más tiempo tales huéspedes que retenían á su rey bajo apariencia de guardar su vida, ocupaban su ciudad, conservaban á expensas de ellos, para su vergüenza y ante sus ojos, á sus antiguos enemigos los tlascaltecanos, guazucingos y otros además; que consumían las provisiones difíciles de lograr, porque, rodeados de agua, necesitan naturalmente de todo; que no cesan de injuriarles, les imponen tributos, cualquier cosa preciosa que encuentran entre ellos la apetecen y por la fuerza ó con ardidés procuran hacerse con ella; que finalmente habían roto las imágenes de los dioses y les habían quita-

do los antiguos ritos y ceremonias.

Alborotados por estas causas los príncipes de la ciudad, y con ellos los próceres de fuera que gozaban de familiaridad con su rey, y en la casa de éste educaban desde niños á sus parientes é hijos, resolvieron con entusiasmo rabioso exterminar aquella gente, como los labradores suelen arrancar los cardos de las mieses. Sin orden del rey, antes resistiéndose con todas sus fuerzas, acometieron la empresa de atacar al palacio, matar á los soldados ó consumirlos de hambre. Por lo cual los nuestros se veían ya reducidos al último extremo si no hubiese venido Cortés, con cuya llegada volvieron á tomar poco á poco el aliento que ya se les iba, no quedándoles esperanza alguna. Habían fortificado el palacio á manera de castillo, y lo dominaba una alta torre de templo cubierta de pinos alrededor. Desde los pinos y las defensas hacían graves daños á los nuestros, tirándoles piedras y dardos.

Cuando los bárbaros entendieron que había venido Cortés con tropas auxiliares y juntándose con los suyos, comenzaron á pelear con más ferocidad y rabia: negra nube de piedras y dardos, y la espesura de las flechas y de todo género de armas arrojadas, les cubría el cielo á los nuestros: llenaba los aires el griterio que levantaban hasta las estrellas, porque era innumerable el número de obstinados combatientes.

2. Contra los que peleaban en lo llano, envió Cortés desde el castillo un capitán con doscientos españoles: hizo algún estrago en los bárbaros; pero rodeado de tal muchedumbre, no pudo romper el escuadrón de ellos. Difícil le fué la vuelta al castillo, pero salió abriéndose paso con las espadas. Entre los muertos fué él herido gravemente y dejó muertos á cuatro de sus camaradas.

Cortés cayó por otra parte sobre los contrarios; poco daño les hacía, porque, así que habían tirado las piedras y los dardos, se refugiaban

en las torrecillas que los españoles llaman azoteas, que están construídas en abundancia por toda la ciudad. Atroz fué la lucha por mucho tiempo. Cortés se vió precisado á retirarse de ella al castillo, lo que apenas pudo hacer, no sin peligro, habiendo muerto muchos de sus compañeros por la violencia de las piedras y de varios géneros de dardos.





CAPÍTULO III

SUMARIO: 1. Los mejicanos estrechan el sitio de Cortés.—
2. Ochenta bajas de españoles en un día.—3. Cortés herido hace testudos inútilmente.—4. Muere Motezuma de una pedrada de los suyos.

VUELTO Cortés al castillo, renovaron los bárbaros el ataque: por todos los lados buscaban por dónde entrar ó arruinarlo. Arrimados á las puertas, se empeñaban en prenderle fuego. Los defensores, con las balas de las bombardas, á tiros y flechazos, traspasaban á muchos de los asaltantes; pero los sobrevivientes se adelantaban tenazmente por los cadáveres de sus compañeros si era menester, renovando la lucha. Dicen que duró desde la aurora hasta la tarde. Este trabajo era in-

tolerable para los nuestros, porque se veían precisados á estar todos sobre las armas todo el día; mas para ellos era mucho más ligero, porque á cada cuarto de hora, en lugar de los cansados, muertos ó heridos, ocupaban los puestos otros sanos y de refresco, y no venían menos contentos al peligro que de él se apartaban los cansados: tanta es ya la ofuscación del odio concebido. Se exhortaban alternativamente á arrojar de los propios lares á estos huéspedes, diciendo que no puede haber vida tan hermosa como es hermoso y honorífico el luchar por sacudir tal yugo de la cerviz ó morir por la libertad de la patria. Así, durante todo el día, como lobos rabiosos alrededor del redil, insistían en la lucha: por la tarde cesaba ésta. Pero durante toda la noche movían tan fuerte gritería, que con su ruido ensordecían la vecindad: ni dentro del castillo podían oirse unos á otros; tanto era el retumbo de los gritos.

2. Cuando los bárbaros se re-

tiraron aquel día, pasando lista vió Cortés que habían sido heridos ochenta de los suyos. Al día siguiente, que fué el 24 de Junio, acudieron más gravemente que de costumbre, y se emprendió una lucha atroz. Enfiló contra los enemigos trece cañones de campaña, y puso al frente los arcabuceros y arqueros. ¡Oh maravillosa valentía! Aunque de cada cañonazo caían traspasados diez, á veces doce de ellos, y saltaban sus miembros por el aire, no por eso cejaban. A estilo de los germanos y suizos, al punto cerraban la falange por cualquier parte que habían abierto brecha las balas. Al otro día, obligado por la suma necesidad de todo, se propuso probar fortuna al descubierto. Salieron como leones rabiosos los españoles estimulados por hambre cruel, se echaron sobre los enemigos, mataron á muchos y tomaron algunas casas contiguas al castillo. De los puentes de madera que cruzan las vías ganaron algunos más por la tarde, y se vol-

vieron los nuestros con no menos hambre.

3. Herido Cortés y cincuenta compañeros, apretando más y más la necesidad, en particular la penuria de trigo, se vieron obligados á inventar ardides, con los cuales hicieran más daño al enemigo y pudieran atraerlo á la paz. Construyó durante la noche tres máquinas de guerra, de madera, cubiertas de tablas á modo de caja cuadrada, lo que en el arte bélico se llama *testudo*, instrumento capaz de veinte guerreros. Poniéndoles ruedas, las sacaron: los que iban dentro eran arcabuceros y arqueros. Las guiaban por la espalda los leñadores con hachas y azadones, pensando que podrían derribar las casas y los parapetos enemigos. Pero desde las azoteas que dominaban las calles, tiraban tantas piedras y dardos á las testudos, que les rompieron la cubierta, y así fué preciso volverse arrastrándolas al castillo.

4. Mientras esto sucedía, el desventurado rey Motezuma, á quien

tenían consigo los nuestros, pidió que le llevaran á la vista de los combatientes, que él procuraría desistieran del ataque : le llevaron con mala suerte á un terrado descubier- to frente adonde más se apiñaban los que atacaban. Cayó sobre los defensores semejante torbellino de piedras, que ninguno asomó la cara que no se retirara contuso. Allí Mo- tezuma, rey poderosísimo, hombre bueno de su natural y bastante dis- creto, encontró el fin miserable de su grandeza y de sus placeres. He- rido por los suyos de una pedra- da, exhaló su alma, señora de tan- tos reinos y que infundía temores á tantos pueblos. Los nuestros entre- garon á los de la ciudad el cuerpo para que lo enterraran. No saben ya más. Pues no pudieron hacer más que pensar cada uno en salvar su vida.





LIBRO VI

CAPITULO PRIMERO

SUMARIO : 1. Cortés al habla con sus obstinados sitiadores.—2. Resuelve tomar la ofensiva.—3. Salidas infructuosas.—4. Toma él mismo la torre.

AL día siguiente, llamando al sitio en que había sucedido la calamitosa desgracia de Motezuma á los caudillos de la guerra, los principales de la ciudad y los parientes del rey, entre los cuales estaba su hermano el señor de Iztapalapa, les arengó Cortés, les aconsejó, exhortó y amonestó que prefirieran la paz á la guerra, que si no desistían borraría de raíz aquella su tan

egregia é ilustre ciudad, su capital principal y suelo natal, que le daba lástima de la futura desventura de los que una vez había admitido por amigos.

Ellos respondieron que era en vano todo lo que Cortés hablara: declararon que querían tenerlo, no por amigo, sino por enemigo cruel; que no admitirían la paz ofrecida sino á condición de que, saliéndose con su tropa fuera de sus fronteras, les dejara libre su patria. Cortés les instó que se abstuvieran de nuevos daños y graves perjuicios. Ellos expusieron con tesón que antes morirían todos que sufrir semejante yugo; por tanto, le intimaron que pensara en retirarse y no esperase en vanas palabras. Decían que les sería dulcísima la muerte con tal que quitaran aquella servidumbre de las cervices de sus hijos y demás posteridad. Por el contrario, Cortés les expuso de nuevo lo que habían padecido las demás naciones que rechazaban su amistad, y prometía perdonar los yerros pasados.

Ellos repitieron que no querían su amistad, que no querían perdón, y aun añadieron que no dudaban de acabar con los españoles sin dejar uno, á hierro ó por hambre, y hacían ver que les sería fácil siendo tanta la muchedumbre de desesperados deseosos de morir; que nada les importaba la muerte de mil con tal que cada millar de ellos se pague con uno de los nuestros. Declararon que todos estaban firmes en esta resolución, y así, que se fuera en buena hora por donde había venido; y con tono amonazador le amonestaban que con tiempo mirara por sí y por su gente, y le rogaban y encarecían que les dejara gozar libremente de las costumbres y máximas heredadas de sus mayores.

2. Cortés, como que dentro de poco iba á perecer de hambre con toda su gente si no dominaba la violencia de los bárbaros, pues se veían ya en extrema necesidad, se vió precisado á sacar de la necesidad más alta fortaleza. También se re-

celaba que, si intentaba retirarse como se le pedía, le interceptaran el paso entre las calzadas cortadas, lo cual era fácil destruyendo, quitando ó levantando los puentes de madera. Añadíase la sospecha de que los principales de la ciudad no ignoraban que él tenía amontonados inmensos tesoros que ellos codiciaban, y no sin razón; pues confiesan los nuestros que entonces tenía recogida de todas aquellas tierras la suma de setecientos mil ducados en oro, plata y piedras preciosas. Por esto aquella noche tomó la resolución de disponerse al combate y probar lo que la fortuna de la guerra hubiera determinado.

3. Rehizo aquellas testudos que hemos mencionado. Al hacer de día salió con ánimo de destruir primero las azoteas, desde las cuales hacían daño á los nuestros tirándoles piedras y cosas semejantes, y después ocupar los puentes si podía.

Poniendo ruedas debajo de las máquinas, las arrastraban los que iban dentro. Seguían de cerca las

bombardas, que por tres lados las guardaban, como tutores, arcabuceros y arqueros con sus escudos, y les acompañaban juntamente pelotones de tres mil tlascaltecos y guazucingos.

Desde las primeras azoteas que atacaron, les arrojaron á los nuestros semejante nube de dardos y piedras, que no pudieron hacer uso de los cañones. Muerto uno y heridos muchos, se volvieron tristes al castillo. También desde la alta torre-templo, que dominaba el castillo, les hacían daños sin cuento. Los nuestros intentaron atacarla: se sube á la cima por más de cien escalones de mármol: los bárbaros que la defendían hicieron rodar á los nuestros por las escaleras, con lo cual los nuestros desmayaron, y los enemigos, ensoberbecidos, apretaban el sitio mucho más gravemente, y renovaban la lucha.

4. Cortés envuelto en tan grande calamidad, viendo que morían pronto si no ganaban la torre, porque mientras la tuvieran los enemi-

gos no podían ni sacar el dedo, tomó él un escudo del castillo, siguiéronle los más esforzados cubiertos asimismo con sus escudos, y acometieron á la torre resueltos ó á tomarla ó á morir en aquella demanda. Aunque tomaron este empeño con manifiesto peligro de la vida, les valió sin embargo la osadía. Los enemigos se empeñaban en defender los escalones, los nuestros en subirlos, y hubo ardua refriega. Por fin los nuestros se salieron con su intento, ganaron la torre y obligaron á sus defensores á tirarse desde arriba. En aquella torre, destruyendo los ídolos, habían colocado una imagen de la bienaventurada Virgen; los enemigos la habían quitado. Mandó quemar la torre aquella con otras tres, para que desde ellas no hicieran más daño al castillo.

Cuando los bárbaros perdieron aquellas torres, se desanimaron. Saliendo los nuestros la noche siguiente, quemaron trescientas casas en una calle próxima al castillo, y en otra la mayor parte, desde las

cuales le molestaban. Así, cuándo matando, cuándo destruyendo, y á veces recibiendo heridas, se trabajó por ambas partes muchos días y noches en los puentes y en las calles.





CAPITULO II

SUMARIO: 1. Perfidia de los mejicanos. — 2. Resuelve Cortés salirse de Méjico. — 3. Retirada costosa.

Por fin los próceres de la ciudad, con fingido temor, enviaron mensajeros á Cortés para tratar de la paz, diciendo que le obedecerían con tal que les otorgara perdón de lo pasado. Cortés contestó que le agrababa. Tenía detenido en el castillo á uno de los sacerdotes que era muy autorizado, y le rogaron que le dejara libre para tratar mediante él. Le puso en libertad y, creyéndoles, dejó de tener cuidado: sentóse á comer, cuando de repente vienen con precipitación avisos frecuentes comu-

nicando que los enemigos armados han interceptado los puentes. Cortés había rellenado ciertos espacios que los puentes de madera solían cubrir, á fin de que, si quitaban los puentes, pudieran los caballos transitar expeditamente por aquel macizo. Pero vino aviso de que habían sacado los ladrillos y tierra y todos los materiales, y que otra vez los puentes estaban intran-sitables y despejados los espacios aquellos; de suerte que, no ya los caballos, sino los de á pie, no podían pasar.

Saltó de la mesa, echó la caballería sobre los bárbaros, y se lanzó en medio de los enemigos, hiriendo y matando á derecha é izquierda en largo trecho; pero se arrepintió de haberse apartado tanto. Al regresar de la lucha, encontró que á la espalda estaba todo repleto de guerreros apiñados, desde el agua con lanchas, de frente y por los lados, y ocupando todo el intervalo del puente: por la espalda, los que huyendo se habían librado, le hos-

tigaban tenazmente ; también le apretaban desde las torrecillas de uno y otro lado. Muchos cayeron heridos de las piedras y los dardos; también Cortés recibió una herida grave en la cabeza : pocos salieron ilesos , y éstos tan cansados que ni podían levantar los brazos.

Y luego, cuando se recogieron en el castillo, no encontraron comida tan bien condimentada con que repararse, ni acaso mendrugos de áspero pan de maíz, ni agua potable : en vino ó carne no había que pensar.

2. Así, tristes todos, pidieron á Cortés que les sacara de allí ; pues cualquier día, ó morirían á manos de los bárbaros, ó sucumbirían de hambre. Escuchóles, y movido de los ruegos de los soldados y de la situación extrema en que se veían, convino en marcharse.

Preparó unas vigas para echar puentes, porque no había piedras. Con ánimo de salirse secretamente una noche, repartió los tesoros hasta la suma de setecientos mil du-

cados. Al contador, tesorero y demás ministros del Rey les asignó el quinto, diciéndoles que cuidaran ellos de él. Lo demás lo dividió para sacarlo en las grupas de los caballos.

Tenía consigo á un hijo de Motezuma y dos muchachas en rehenes, y otros varios principales cogidos en los ataques; por cuya causa, y por haber destrozado los simulacros de los dioses, se había promovido aquel tumulto popular. Ordenó la gente, escogió vanguardia y retaguardia, arregló los escuadrones, y emprendió el camino en el silencio de la noche.

3. En un instante corrió por toda la ciudad la noticia de que huían Cortés y sus compañeros. Acudió volando inmensa multitud de combatientes; se levantó gritería hasta las estrellas; por todas partes sacudían á nuestra pobre gente dardos y pedradas. El primer escuadrón salió: á los de medio y á los que iban detrás, les fué malamente.

Se han escrito muchas narraciones largas acerca de estos encuen-

tros. Sépalo en pocas palabras Vuestra Beatitud. Los bárbaros mataron muchos hombres y caballos; porque se llevaban á los hijos de su rey y á los principales de la ciudad, luchaban rabiosos. Todas las riquezas y alhajas que se llevaban los nuestros cayeron en poder de ellos, excepto lo poco que había tocado al primer escuadrón.

Era tal el furor de la pelea, que mataron, juntamente con los nuestros, á los hijos de Motezuma y á los magnates de la ciudad, con los muchos esclavos que los nuestros llevaban; y si alguna vez los jinetes regresaban hacia los que iban detrás, inmediatamente los primeros que había saltaban precipitadamente al agua; como que para ellos el nadar cual cocodrilos ó vacas marinas, es lo mismo que andar por tierra, y luego salíanse del agua trepando por los muros de los puentes, y volvían (*á pelear*). Así, derrotados completamente y dispersos, los nuestros abandonaron todas las lagunas.

Los que pudieron escapar, hicieron alto en el campo de una ciudad terrestre llamada Tacuna. En un cerro alto de aquella planicie se detuvo Cortés para recoger las reliquias de su maltrecho ejército, y pasó la noche al raso; pues no se atrevió á fiarse de los tacunenses, que oyó andaban hablando al oído y teniendo reuniones.

Hecho el recuento, después de juntar los miserables restos, se encontró con que había dejado muertos ciento cincuenta españoles, cerca de dos mil de los auxiliares tlascaltecanos, guazucingos y demás comarcanos de ellos; perdió también cuarenta caballos, y de los hijos de Motezuma y de los magnates que llevaban presos no quedó ninguno; y lo mismo de los esclavos, que todos murieron á vista de los nuestros.





CAPITULO III

SUMARIO : 1. Prosigue Cortés su retirada hostigado á retaguardia.— 2. Y con hambre.— 3. Resistencia del soldado español.

Los tenustitanos vencedores siguieron las huellas de los nuestros, siempre luchando, hasta dar vista á esta ciudad Tacuna. Había allí espaciosa llanura, y aquella noche se llenó de gente comarcana llamada por los mejicanos; no se atrevieron á embestir á los nuestros entre las tinieblas de la noche, y esperaron el día. Cortés se aseguró por medio de espías de las intenciones de ellos y del número que se había reunido contra él. Se valió de una estratagemá : hizo encender hogueras en

diversas partes, para que los enemigos creyeran que los nuestros esperarían el día quietos allí.

En la segunda vigilia mandó alzar banderas y que los soldados las siguieran comoquiera que pudiesen. Uno de los auxiliares tlascaltecos que se habían librado, estando Cortés angustiado por no saber adónde le convendría y tendría que marchar, se ofreció á servir de guía porque había recorrido otras veces aquellas tierras, según aseguraba. Echó á andar, yendo de guía el tlascalteca, y llevando á los heridos graves en las grupas de los caballos ó agarrados á las colas. A los demás que estaban inútiles para la guerra, que se podían tener de pie, heridos ó debilitados por alguna otra enfermedad, los echó delante.

Apenas el último pelotón, que guardaba él con los jinetes y algunos pocos sanos, se habría apartado mil pasos de donde habían pasado la noche, cuando, al comenzar el primer crepúsculo, llegó inmensa

muchedumbre de enemigos; apresurando el paso, dieron alcance los bárbaros á nuestro último pelotón. Así que hostilizaban á los nuestros por detrás, de trecho en trecho cargaban sobre ellos los jinetes, mataban á los más y se volvían al escuadrón que seguía la marcha. De este modo persiguieron á los nuestros hasta dos leguas en continua lucha, y no se pudo andar más por lo que molestaban los enemigos.

2. Y no era menor apuro el carecer de todo, porque ni de Tenustitana (*Méjico*) había sacado cosa alguna de comer, ni caminaban seguros de los aldeanos que estaban próximos á los caminos. Desde sus casas prorrumpían en gritos desaforados, como suelen hacerlo los pastores con el lobo sorprendido en el redil hasta que ven que el lobo se ha ido lejos de la cerca. Con estas dificultades llegaron, por fin, á tierra de sus amigos los tlascaltecas.

En el segundo encuentro que tuvieron al salir de la ciudad Tenustitana, los enemigos hirieron con

sus flechas cuatro caballos, de los cuales, dice Cortés, que mataron uno y les sirvió de rica cena á él y á sus compañeros de armas, que lo comían con avidez; cinco días dicen que pasaron miserablemente con sólo grano de maíz tostado, y no hasta saciarse.

3. Omito aquí muchas cosas particulares que me hacen creer que ni los doce Hércules griegos¹ ni viviente alguno pasó tanto quedando con vida. Tantas desdichas, tantos peligros en los combates, hambres semejantes, creo que no pudiera aguantarlos nadie no siendo español. Este linaje de hombres ha nacido para sufrir cualesquier trabajos, hambre y sed, calores y fríos y prolongadas vigilias é intemperie, si hay necesidad, á mi juicio, más que otra nación alguna.

¹ Aunque la fábula pone muchos Hércules, pero sólo uno, griego, que yo sepa, con doce empresas principales, ridiculamente disparatadas. Lo mismo da.





CAPITULO IV

SUMARIO : 1. Respiran los españoles en tierra de amigos. —2. Cuarenta y nueve españoles comidos por los indios.—3. Otros doce españoles comidos, y victoria de Cortés contra los antropófagos.

POR fin, á los seis días de aquella marcha, que fué semejante á huída, llegó á un pueblo de la jurisdicción tlascalteca llamado Guazilip, que tiene cuatro mil casas, según dicen. Entró en él con recelo, temiendo lo que suele suceder en las cosas humanas, que al cambiar la fortuna hubieran cambiado las voluntades, y de amigos se hubieran tornado en enemigos ; pero encontró que guardaban lealtad. Este pueblo distaba cuatro leguas de Tlascalteca.

Cuando los tlascaltecanos oyeron

la derrota de los suyos y los nuestros, y que iban á su ciudad, enviaron de mensajeros á dos principales, el uno magistrado, el otro Secustengel. También vinieron de la república de Guazucingo, amiga de los tlascaltecas, y consolaron á los nuestros en su aflicción, exhortándoles á que tuvieran ánimo, dando esperanza de futura venganza y ofreciendo para ello todas sus fuerzas; aconsejaron descansar ahora de tantos trabajos y curar las heridas, y prometían que los tenustitanos pagarían pronto su merecido por el estrago hecho en los españoles y en sus conciudadanos, muertos á la sombra de éstos.

Con este lenguaje, Cortés confirmó su ánimo, que estaba receloso, y á ruego de los enviados marchó á Tlascalteca, y á los mensajeros guazucingos les despachó alegres con ciertos regalos de cosas nuestras que les gustaban por ser extranjeras. Recibieron con amabilidad á los nuestros, y les asistieron con blandas camas y con lo nece-

sario para comer. Cuando Cortés partió hacia Motezuma, se había dejado en poder de los tlascaltecas algo de oro y plata; todo lo encontró intacto y que le habían cumplido la palabra.

2. ¿Pero de qué sirvió? Enviaba en unas cajas á la colonia de Veracruz aquellos valores, que ascendían á veintiún mil castellanos de oro, aparte de las piedras preciosas; iban escoltándolos cinco jinetes y cuarenta y cuatro de á pie: en los confines de la provincia Colúa, amiga de los de Méjico, les cogieron á todos, sin dejar uno; les inmolaron á sus dioses, y se los comieron los de Colúa, repartiéndose entre sí los tesoros.

Deteniéndose por espacio de veinte días entre los tlascaltecanos, curó los heridos é hizo tomar fuerzas á los que se encontraban mal. Después envió otra vez mensajeros á la colonia de Veracruz, y de vuelta dijeron que no había novedad en aquella guarnición. Alegróse Cortés con esta noticia; pero sus solda-

dos estaban porque les volvieran á aquella colonia para que, juntos todos, pudiesen más fácilmente hacer frente á las emboscadas y perfidias de los bárbaros. Cortés dijo que no quería volver atrás, ya que había encontrado tan leales á los tlascaltecanos y guazucingos, y les exhortó á que estuvieran dispuestos á tomar de los mejicanos venganza de tan atroces iniquidades.

3. Hay una ciudad grande llamada Tepeaca, poco distante de Tlascalteca: estas dos ciudades se tienen mala voluntad. Los de Tepeaca cogieron en su territorio á doce españoles que iban de paso, los inmolaron y se los comieron. Marchó contra ellos Cortés con grandes fuerzas de tlascaltecanos, chiurutecaleses y guazucingos. Los espías le trajeron noticia de que los de Tepeaca tenían consigo soldados que habían recibido contra los nuestros de la ciudad Tenustitana. Para decirlo en pocas palabras, dejando á un lado rodeos: los que recibieron á los huéspedes y los huéspedes re-

cibidos, fueron vencidos; la ciudad se le entregó: prometieron bajo juramento obedecer lo que Cortés mandara, y en prenda de que lo cumplirían entregaron rehenes. Nuestras bombardas y á la vez los caballos, cosas que ellos jamás habían visto ni oído, les dejaron al punto descuajados; pero ayudó muchísimo la fuerza reunida de aquellos tres pueblos.

En esta provincia de Tepeaca escogió un sitio para fundar una colonia nueva, y levantó un fuerte que llamó Segura de la Frontera. Se propuso no fiarse de los de Tepeaca, porque, á poco que les dijeran, tomarían los consejos de los príncipes tenustitanos, y porque Tepeaca corta á mitad el camino de Veracruz á estos pueblos amigos.

Mientras sucedían estas cosas, le llegaron á Cortés mensajeros de Veracruz que le notificaron cómo el cacique Panuco había derrotado de nuevo á las tropas de Garay, enviadas á aquel gran río para fundar una colonia, y que los vencidos y

que se evadieron de manos de Panuco habían acudido á Veracruz. Desde que fueron vencidos los de Tepeaca, corría por las demás naciones comarcanas la fama y conmovía los ánimos de los pueblos.

Hay otra ciudad montañosa que se llama Guacachiula : ésta envió secretamente embajadores á Cortés, ofreciéndose con lo que tenía contra los habitantes de la provincia Colúa, amigos de los mejicanos, de los cuales se quejaban de haber recibido perjuicios é insultos sin número, hasta robarles las mujeres. Los guacachiulos están á este lado de los montes, y son enemigos de los naturales de la región Colúa, que están al otro lado. Avisaron á Cortés que en las fronteras ultramontanas de Messinga había ocultamente emboscados treinta mil combatientes, porque habían oído que los nuestros estaban próximos á las montañas con intención de pasar á Colúa. Con doscientos infantes españoles, sólo trece caballos y tres mil auxiliares y unas bombardas, marchó hacia

los guacachiulos en cuya ciudad holgaban á pierna suelta los jefes de los emboscados ¹. De presos ó muertos no escapó uno. La ciudad de Guacachiula está provista de fuertes murallas con torres y rodeada de montes, con muy fértil suelo y unas seis mil casas, según dicen, fabricadas de cal y canto. Le dan importancia dos ríos que riegan su llanura.

Distaba sólo cuatro leguas de Guacachiula otra ciudad que envió embajadores ofreciendo entregarse. Su cacique huyó con los coluanos que escaparon: llamado á mandar, lo rehusó; prefirió los sufrimientos del destierro á estar sometido á los nuestros. A ruego de los pueblos (*Cortés*) subrogó en el reino á un hermano de aquél, previa la promesa que hizo á los ciudadanos de que no cambiaría de modo de pensar.

¹ Los coluanos estaban allí contra la voluntad de los guacachiulos, auxiliares de Cortés.





CAPÍTULO V

SUMARIO : 1.— Toma Cortés la ciudad de Izuca , pone nuevo rey y destruye los ídolos.—2. Se le someten otras muchas.—3. El sucesor de Motezuma.—4. Cortés se prepara contra la ciudad de Méjico.

ALGUNOS días después marchó á otra ciudad llamada Izuca, que distaba también cuatro leguas de Guacachiula por otro camino. En el camino advirtió que en los confines de aquella ciudad había fuerzas muy numerosas de coluanos; ciento veinte mil según escriben, los cuales creían poder evitar que los nuestros entraran en su territorio. Cerca de la ciudad tenían seis mil combatientes : los demás repartidos en puestos, pueblos y aldeas ; á las mujeres, y á cuantos no podían pelear, los habían enviado con sus alhajas á los bosques

y montañas. Esta ciudad está muy defendida por el arte y por la naturaleza. Estoy cansado de contar cosas menudas. Conque allá va. La tomaron por fin. La mayor parte de sus defensores se tiró de las murallas al río próximo, porque se vieron atacados por la espalda.

Tomada la ciudad, Cortés perdonó al pueblo y mandó que hicieran volver á las familias con sus bienes. Todos volvieron contentos á sus casas, y se llenó al punto la ciudad. Por medio de dos mensajeros de ella mandó llamar al cacique huído con los mejicanos y los coluános; pero no quiso: prefirió el destierro. Tenía éste un hermano espurio de más edad que él, y de un hijo difunto un nieto de diez años. Sólo al nieto puso en el reino, porque era legítimo, eligiendo por tutor á su tío; pero añadiendo á esta tutoría tres colegas de entre los guacachiulanos vecinos, de representación y lealtad, que cuidaran la hacienda del pupilo hasta que, entrado en edad, supiera gobernar.

Esta ciudad de Izuca cuentan que tiene tres mil casas; dice Cortés que contó desde cierto sitio alto más de cien torres-templos dedicados á sus dioses, en que se inmola sangre humana. Todas aquellas torres con sus simulacros las hizo quemar, prohibiendo que se volvieran á hacer semejantes ceremonias. Les dijo que el Dios criador del cielo y de la tierra tiene odio á los homicidas: que es contra las leyes divinas y naturales el que un hombre mate á otro hombre.

La ciudad tiene un fuerte que la domina, y está rodeada de montañas que la defienden del terrible soplar de los vientos calurosos; por eso cría inmensa cantidad de algodón. En el verano se riega todo su campo por los arroyos excavados: hay abundantes frutas de todas clases, y no faltan verduras sembradas. La llanura está llena de pueblos y aldeas.

2. Ocupada Guacachiula y sojuzgados los izucanos, la fama llegada á las naciones lejanas hizo ver

que la fortuna había vuelto su cara rapaz, y de madrastra se había tornado cariñosa madre. La voluntad de las gentes, como suele acontecer dando vueltas la rueda (*de la fortunã*), se pasó rápidamente de los mejicanos á los nuestros. De todas partes llegaban á porfía embajadores entregándose y diciendo que, por miedo de los coluanos y de los mejicanos, dominadores de aquella provincia, no se habían atrevido hasta entonces á ofrecer el debido homenaje á un Rey tan grande como es el que tienen los españoles; pero que ahora, con la esperanza de estar seguros de la tiranía de los reyes vecinos mediante el favor de los nuestros, habían venido á declarar la voluntad de sus ciudades.

3. Para dar ya fin á esta narración, que ha salido bastante larga: Cortés averiguó por algunos prisioneros que en la ciudad de Méjico, después de la muerte de Motezuma, habían hecho rey á su hermano, el señor de Iztapalapa. Éste, á los tres meses de ocupar el reino, murió de

la enfermedad de viruelas, y le substituyó un sobrino de Motezuma, hijo de una hermana y llamado Catamazín; el cual, en el desastre de los nuestros, mató el mismo en los puentes á uno de los tres hijos de Motezuma, y de los que quedaban uno era tonto y el otro paralítico. Este Catamazín se dedicó á adquirir todas las clases de armas que podía lograr, principalmente picas largas, con las cuales esperaba poder herir de lejos á los caballos, porque el solo encuentro de éstos los trastorna: abriga recelo de que Cortés vuelva contra él á tomar venganza de lo pasado, y particularmente porque sabe que las regiones circunvecinas se apartan de él y prometen auxiliar á los nuestros en daño suyo.

4. Y por cierto que no se equivoca; pues dice Cortés que ha de preparar trece embarcaciones de dos remos, llamadas bergantines, para devastar toda la extensión aquella de la laguna salada, á fin de que aquella ciudad tan grande, quitán-

dole las provisiones y rompiendo los acueductos, se vea apretada de tal necesidad que se la pueda obligar á someter la cerviz al yugo del rey de España.

Entretanto envió á la Española cuatro naves que trajeran caballos, y á la vez un número conveniente de arcabuceros con abundancia de pólvora.

Escribe Cortés que aquellas tierras son semejantes á las de España en tener tan buenos ríos, montes y valles poblados de arbolado. Por eso le pide al César que confirme el nombre que les ha puesto él á aquellas tierras: llamó Nueva España á todo aquello del mar océano que se ha descrito. Suplica juntamente, al fin de su gran volumen, que Su Majestad se digne enviarle algún varón de gran experiencia en los asuntos, que recorra las tierras que él ha sometido y dé cuenta de lo que vea: (*lo dice Cortés*) con fecha 30 de Octubre, desde el fuerte que él llamó Segura de la Frontera, el año 1520.



LIBRO VII

DE LA VUELTA AL MUNDO

Al Sumo Pontifice Adriano VI

CAPITULO PRIMERO

SUMARIO : 1. Introducción.—2. Salida de Magallanes.—
3. El viaje.

MIENTRAS estos escritos estaban detenidos en mi estante por falta de correos, á causa de la mucha distancia y la inseguridad de los caminos, he aquí nuevos fetos, he aquí partos recientes del fecundo océano.

Esta obra se va á cerrar con dos apéndices que valdrán más que la narración principal, por tener importancia inaudita y difícil de creer.

El uno es de la vuelta que se ha dado al mundo y las islas que se han descubierto, en que se crían los aromas. (*El otro contará*) con qué ardides, con qué astucia, con qué ánimo tan resuelto, con qué valor guerrero, Hernán Cortés, auxiliado de tlascaltecas, guazucingos y otros comarcanos hostiles á Motezuma, recobró aquella gran ciudad lacustre, Tenustitana, y todo su poderío lo destruyó y lo acabó casi por completo, de lo cual le ha venido no pequeño aumento al cetro de Vuestra Beatitud y al gran reino de Castilla.

Vengamos á lo del rodeado paralelo y del tráfico de los aromas, que habremos de tomar desde un poco más lejos.

2. Desde la ciudad de Barcelona, cuando estaba allí el César ocupado en las Cortes de Cataluña, siendo Vuestra Beatitud presidente de nuestro cesáreo senado de las cosas de las Indias, se le dió, como conviene recordarlo, al portugués Fernando Magallanes, tráfuga de

su Rey ¹, el encargo de buscar las islas Malucas, que crían los aromas, por cuanto él, habiendo estado siete años en las ferias de Cochín, Caneloro, Calocut y del Quersoneso, alias Malaca, sabía dónde caían estas islas. No distan largo trecho del Quersoneso Aureo, vulgo Malaca, y de aquellos otros emporios.

Despachado Magallanes por nues-

¹ Es sensible que Pedro Mártir Angleria se muestre bastante desafecto al heroico Magallanes, como se echa de ver en todo este libro, muy estimable, si, como fuente histórica, pero como historia de una empresa tan importante harto incompleto y deficiente en comparación de las que escribió sobre América. Seguramente no pudo sustraerse á las influencias de su compañero de corte, el embajador de Portugal, que más aún que en el casamiento de su Rey con la hermana de Carlos V, parecía empeñado en estorbar la empresa de Magallanes, desacreditándole, procurando mil obstáculos á su marcha, y hasta poniendo su vida en peligro como lo estuvo, particularmente en Zaragoza.

No parece justo llamar á Magallanes tráfuga de su Rey. Desairado por él, anunció su propósito de pasar al servicio de España; y admitido aquí, no se hizo súbdito de Carlos V sin consignar en los asientos que nunca se le había de obligar á nada que pudiera ceder en perjuicio del Rey ó del reino de Portugal. Más caballero fué él que no los que, habiéndole despreciado en Portugal, luego querían á toda costa inutilizarle, y aun matarle, porque, usando noblemente de su derecho, se venía á España.

tro mismo senado, del cual era Vuestra Beatitud el principal, el día 20 de Septiembre del año 1519 se dió á la vela para el océano desde Barrameda, desembocadura del Guadalquivir, con cinco naves, que se les puso por nombre, á la capitana *Trinidad*, á las otras *San Antonio*, *Victoria*, *Concepción* y *Santiago*, en las cuales llevaba doscientos treinta y siete hombres. De las naves volvieron dos, una de las cuales, abandonando á la capitana, regresó sin hacer nada (*inutilis*); al otra, al cabo de casi tres años de haber salido de España, pues aportó el 6 de Septiembre de 1522 al mismo puerto de donde había zarpado al marchar, vino cargada de pasajeros y de varios aromas. De entre los hombres se salvaron pocos. También se quedó el mismo capitán Magallanes en una isla llamada Matam, muerto por los naturales en el viaje, como adelante lo diremos.

Hay desde antiguo, entre castellanos y portugueses, cierta ani-

mosidad innata. Magallanes, en diversas ocasiones, mató á muchos españoles, so pretexto de justicia, porque le obedecían á disgusto ¹. Esto se dirá en su lugar. Vengamos al viaje que emprendieron.

Primero llegaron á las Afortunadas; después hasta dar vista á las islas Górgodas, que los portugueses, sus poseedores, llaman de Cabo Verde. Volvieron las proas á mano derecha, por detrás de nuestro creído continente, por la prolongación de aquella tierra que se llama (*cabo*) de San Agustín, nombre puesto por los castellanos, y un poco más allá de Santa María, por los portugueses, que se extiende cinco grados más allá de la línea equinoccial, y se apartaron hacia el antártico hasta el signo ², donde en

¹ Fácilmente se comprende que Magallanes, siendo portugués, nunca habría podido] *matar á muchos españoles so pretexto de justicia*, por más nombramientos que hubiese llevado en su cartera. Las ejecuciones que se vió precisado á hacer con admirable energía, estaban sobradamente autorizadas por los tribunales militares; ningún consejo de guerra perdonaría á aquellos reos.

² No dice cuál signo del zodiaco es.

una de las Décadas dijimos que había sido muerto con algunos compañeros Solís, capitán de una armada nuestra que recorría aquellas costas, y que después se lo comieron los indígenas. Aquel golfo dicen que tiene treinta y ocho grados al otro lado de la equinoccial, hacia el antártico. A este lugar le llamaron la Bahía de Santa María; dije en otra parte que llaman bahía al golfo.

Enviados por Magallanes unos mensajeros aguas arriba del río, que desemboca en el golfo, con una nave y el bote de otra, vieron á tres hombres semisilvestres y desnudos, dos palmos más altos que la estatura humana. Uno de ellos entró confiado en el bote: pensaron los nuestros que traería los otros á las naves tratando bien al que tenían consigo; y bien comido y bebido y vestido, lo dejaron ir; pero no vino ninguno, ni él volvió más. Sin embargo, encontraron árboles cortados con segures de las nuestras, y también una cruz levantada en lo alto de otro

árbol; mas no hallaron huellas de ningún hombre de los nuestros.

Cuentan maravillas de la anchura de este río, como en otra parte lo he dicho del Marañón, en la región de Paria al Septentrión. Hasta veinte leguas dicen que subieron río arriba, y que allí tiene de ancho diecisiete leguas, y que su desembocadura, sin que en el viaje vieran desaguar en él río alguno, es inmensamente ancha, y que en el mar se bebe agua dulce en muy largo trecho.

